

San Agustín

LA ORACIÓN

Fuente: Federación Agustiniana Española
Biblioteca de Autores Cristianos
https://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/lettera_131_testo.htm

La oración

Agustín, obispo, siervo de Cristo y de los siervos de Cristo,
a Proba, religiosa sierva de Dios, salud en el Señor.
Carta 130. *Hipona. Posterior al año 411*

1 1. Recuerdo que me pediste, y yo convine en ello, que había de escribir algo para ti acerca de la oración. Ahora que ese Dios a quien oramos me ayuda y tengo tiempo y oportunidad, voy a pagar mi deuda y ponerme al servicio de tu piadoso deseo en la caridad de Cristo. No puedo explicar con palabras el gozo que me causó tu petición, pues en ella reconocí lo mucho que te preocupas por tan alto negocio. ¿Qué ventaja mayor pudo ofrecerte tu viudez que la constancia en la oración de día y de noche, según el aviso del Apóstol, que dice: *La que es verdaderamente viuda y desolada, espere en el Señor y persista en la oración de día y de noche?*¹ Puede causar extrañeza el que, siendo, según este siglo, noble, rica, madre de numerosa familia, viuda en el siglo, aunque no desolada, haya llegado a ocupar tu espíritu y a reinar en él esa preocupación de orar; pero es porque prudentemente entiendes que en este mundo y en esta vida no hay alma que pueda vivir segura.

2. Quien te infundió ese pensamiento, hace contigo, sin duda, lo que hizo con sus discípulos. Entristecidos quedaron, no por sí mismos, sino por el género humano, y desesperanzados de la salvación de todos, al oír que era más fácil que un camello entrara por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos. El Señor les hizo una portentosa y benigna promesa: que para Dios era fácil lo que para los hombres era imposible². Pues aquel para quien es fácil hacer entrar a un rico en el reino de los cielos te inspiró esa piadosa solicitud, sobre la cual te decidiste a preguntarme cómo has de orar. Cuando todavía estaba Jesús en la carne, envió al rico Zaqueo al reino de los cielos. Resucitado y glorificado, después de la Ascensión, hizo que muchos ricos desdeñasen este siglo, repartiéndoles el Espíritu Santo, y aun los hizo más ricos poniendo fin a su codicia de riquezas ¿Cómo te preocuparías tú de orar a Dios si no esperases en Él? ¿Y cómo esperarías en Él si esperases en lo incierto de las riquezas y despreciases el precepto del Apóstol? Dijo, pues, el Apóstol: *Manda a los ricos de este mundo que no se jacten de su saber ni esperen en lo incierto de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da de todo abundantemente para gozarlo; para que sean ricos en obras buenas y repartan con facilidad y comuniquen y se atesoren un fundamento bueno para el futuro, para que conquisten la vida eterna*³.

¹ 1Tm 5,5

² Mc 10,24-26; Lc 18,25,27

³ 1Tm 6,17-19

23. Debes, pues, por el amor de la vida verdadera, considerarte desolada en el siglo, sea cualquiera la felicidad que te envuelva. En conformidad con aquella vida verdadera (en cuya comparación esta que tanto se ama, por muy alegre y larga que sea, no merece el nombre de vida) es también verdadero el consuelo que el Señor promete por el profeta, diciendo: *Le daré un consuelo verdadero, paz sobre paz*⁴. Sin ese consuelo, en todos los otros consuelos más se encuentra desolación que consolación. Porque las riquezas y las cumbres de los honores y las demás vanidades con que se juzgan felices los mortales, por no conocer aquella verdadera felicidad, ¿qué consolación brindan, cuando en ellas es más importante no necesitar que sobresalir, cuando atormentan, después de adquiridas, con el temor de perderlas, mucho más que con el ardor de poseerlas cuando aún no se tienen? Con tales bienes no se hacen buenos los hombres; los que se hicieron buenos por otra parte, hacen por el buen uso que ellas sean bienes. No está en ellas el verdadero consuelo, sino más bien allí donde está la verdadera vida, puesto que es necesario que el hombre se haga bienaventurado con lo mismo que se hace bueno.

4. Parece que los hombres buenos brindan en esta vida no pequeños consuelos. Si la pobreza aprieta, si el luto entristece, si el dolor corporal atormenta, si acongoja el destierro, si cualquiera calamidad angustia, hay hombres buenos que no sólo saben *alegrarse con los que se alegran*, sino también *llorar con los que lloran*⁵, y saben hablar y conversar amablemente. Suavizan no poco las asperezas, alivian las cargas, ayudan a superar las adversidades; pero en ellos y por ellos obra aquel que los hace buenos con su Espíritu⁶. Por el contrario, si las riquezas abundan y ninguna orfandad sobreviene, si hay salud en la carne y habitación incólume en la patria, pues en ella hay también hombres malos de quienes nada puede fiarse, de quienes se temen y soportan el fraude, el dolo, los arrebatos, las discordias y las traiciones, ¿acaso no se convierten en amargas y duras todas aquellas riquezas? ¿Acaso se encuentra en ellas parte dulce o alegre? En todos los negocios humanos, nada es grato para el hombre si no tiene por amigo al hombre. ¿Quién puede hallarse que sea tan buen amigo, que podamos tener en esta vida seguridad cierta de su intención y de sus costumbres? Como nadie se conoce a sí mismo, tampoco unos a otros se conocen; y nadie se conoce a sí mismo hasta el punto de estar seguro de su conducta en el siguiente día. Por eso, aunque muchos sean conocidos por sus obras⁷ y otros muchos alegren a los prójimos con su buena conducta, otros muchos los entristecen con la suya mala. Por esa ignorancia e incertidumbre del ánimo

⁴ Is 57,18.19 sec. LXX

⁵ Rm 12,15

⁶ Lc 11,13

⁷ Mt 7,16.20

humano, nos amonesta justamente el Apóstol a que no juzguemos *antes de tiempo, hasta que venga el Señor, e iluminará los secretos de las tinieblas, y manifestará los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios*⁸.

5. En estas tinieblas de la vida presente, en las que *peregrinamos lejos del Señor*, mientras *caminamos por la fe y no por la visión*⁹, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar. Aprenda en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como *a una lámpara colocada en un tenebroso lugar hasta que nazca el día y el lucero brille en nuestros corazones*¹⁰. Como una fuente inefable de ese resplandor es aquella luz, que reluce en las tinieblas¹¹ de tal modo que las tinieblas no la envuelven. Para verla hemos de limpiar nuestros corazones por medio de la fe¹², pues *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹³, y sabemos que cuando *apareciere seremos semejantes a El, porque le veremos como El es*¹⁴. Entonces habrá verdadera vida tras la muerte, y verdadero consuelo tras la desolación. Aquella vida eximirá *a nuestra alma de la muerte*, y aquel consuelo librárá nuestros *ojos de las lágrimas*. Y pues allí no habrá tentación alguna, sigue diciendo el Salmo: *Y librárá mis pies de la caída*. Pues si no hay ya tentación, tampoco habrá oración; porque no cabrá allí esperanza del bien prometido, sino goce pleno del bien otorgado. Por eso sigue diciendo: *Agradaré al Señor en la región de los vivos*¹⁵ en que entonces estaremos, no en el desierto de los muertos, en que ahora estamos. *Porque estáis muertos*, dice el Apóstol, y *vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; mas cuando apareciere Cristo, vuestra vida, entonces apareceréis vosotros con él en la gloria*¹⁶. Esa es la verdadera vida, que los ricos deben conquistar con sus buenas obras, según tienen mandado. Una viuda desolada, aunque *tenga muchos hijos y nietos* y lleve piadosamente su casa, procurando que todos los suyos pongan su esperanza en Dios¹⁷, tiene que decir con este consuelo en la oración: *Mi alma tuvo sed de ti; ¡cuánto te desea mi carne en esta tierra desierta, y sin camino, y sin agua!*¹⁸ Esto es esta vida moribunda, por muchos consuelos humanos que la rodeen, por muchos compañeros de camino que tenga, por mucha abundancia de cosas que la

⁸ 1Co 4,5

⁹ 2Co 5,6-7

¹⁰ 2P 1,19

¹¹ Jn 1,5

¹² Hch 15,8

¹³ Mt 5,8

¹⁴ Jn 3,2

¹⁵ Sal 114,1.3.8-9

¹⁶ Col 3,3-4

¹⁷ 1Tm 5,4-5

¹⁸ Sal 62,2-3

llenen. Bien sabes cuan inciertas son todas las delicias. Y en comparación de aquella felicidad prometida, ¿qué podrían ser, aunque no fuesen inciertas?

6. Te digo esto porque has solicitado mis palabras, tú, una viuda rica y noble, madre de numerosa familia, acerca de la oración; te invito a que te sientas desolada en medio de todos los que permanecen contigo en esta vida y te atienden, porque todavía no has alcanzado aquella vida en la que se da el verdadero y cierto consuelo, donde se cumplirá lo que está escrito por el profeta: *Por la mañana nos saciamos de tu misericordia y nos hemos alegrado y regocijado en todos nuestros días. Nos hemos congratulado por los días en que nos humillaste, por los años en que vimos la adversidad*¹⁹.

3 7. Antes de que llegue esta consolación, por mucha felicidad de bienes temporales que disfrutes, acuérdate de que estás desolada, para que persistas *día y noche en la oración*. Porque el Apóstol no encarga ese deber a cualquier viuda, *sino la que es, dice, verdadera viuda y desolada, espere en el Señor y persista en la oración de día y noche*²⁰. Pero evita con gran cautela lo que sigue: *Mas la que vive en placeres, aun viviendo está muerta*²¹. Trata el hombre en aquellos intereses que ama, en los que apetece como cosa grande, en aquellos con los que se considera dichoso. Por eso lo que la Escritura dice de los ricos: *Si abundan las riquezas, no apeguéis el corazón a ellas*²², eso mismo te digo de los placeres: si abundan, no apegues el corazón a ellos. No te sobrestimes porque los placeres no te faltan, porque te inundan, porque fluyen como de la generosa fuente de la felicidad terrena. Menosprécialos y desdénalos en absoluto y nada busques en ellos sino la íntegra salud del cuerpo. Sólo la salud es estimable por razón de las obligaciones que impone la vida, antes de que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad²³, es decir, de una verdadera, perfecta y perpetua salud, que no vaya decayendo con la terrena enfermedad ni tenga que repararse con un placer corruptible, sino que se mantenga en la constancia celestial y viva en la eterna incorrupción. El mismo Apóstol dice: *No convirtáis en concupiscencia el cuidado de la carne*²⁴, porque hemos de cuidar la carne, pero para las necesidades de la salud. Y como él mismo dice también: *Nadie tuvo jamás odio a su carne*²⁵. A Timoteo, que al parecer era un excesivo castigador de su cuerpo, le amonesta a que beba *un poco de vino por razón del estómago y de las frecuentes enfermedades*²⁶.

¹⁹ Sal 89,14-15

²⁰ 1Tm 5,5

²¹ Ibid. 5,6

²² Sal 61,11

²³ 1Co 15,54

²⁴ Rm 13,14

²⁵ Ef 5,9

²⁶ 1Tm 5,23

8. Si la viuda vive en esos placeres, esto es, si habita en ellos y se apega a ellos por el placer del corazón, viviendo está muerta. Por eso muchos santos y santas los evitaron por todos los medios; desparramaron por las manos de los pobres esa misma riqueza, que es como la madre de los placeres. La trasladaron con mayor seguridad a los tesoros celestiales. Si tú no la repartes porque te ves ligada por una obligación de familia, bien sabes qué cuenta has de dar de ella a Dios. *Nadie sabe lo que pasa en el hombre sino el espíritu del hombre que en él está*²⁷, y por eso *no debemos nosotros juzgar nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor e ilumine los secretos de las tinieblas y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios*²⁸. Si nadas en placeres, toca a tu preocupación de viuda el no apegar el corazón, para que no se corrompa y muera entre ellos ese corazón, que debe estar en alto para vivir. Cuéntate en el número de aquellos a quienes se escribió: *Vivirán sus corazones eternamente*²⁹.

4 9. Ya te he explicado quién debes ser para orar. Ahora oye lo que has de orar, objeto principal de tu consulta, pues te impresiona lo que dice el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir, como conviene*³⁰. Temes que pueda causarte mayor perjuicio el orar como no conviene que el no orar. Puedo decírtelo todo en dos palabras: pide la vida bienaventurada. Todos los hombres quieren poseerla, pues aun los que viven pésima y airadamente no vivirían de ese modo si no creyesen que así son o pueden ser felices. ¿Qué otra cosa has de pedir, pues, sino la que buscan los buenos y los malos, pero a la cual no llegan sino sólo los buenos?

5 10. Quizá me preguntes aquí qué es la vida bienaventurada. En esta cuestión se han atormentado los ingenios y ocios de muchos filósofos, los cuales tanto menos la pudieron hallar, cuanto menos honraron a la Fuente de esa vida y no le dieron gracias. Mira, pues, primero si hemos de atender a los que dicen que es feliz aquel que vive según su voluntad. Líbrenos Dios de pensar que eso es verdad. ¿Y si uno quiere vivir inicuamente? ¿No demostrará que es tanto más mísero cuanto mayor facilidad halla su capricho para lo malo? Con motivo desecharon esa opinión aun aquellos mismos que filosofaron sin adorar a Dios. Uno de ellos, varón elocuentísimo, dijo: "Otros que no son filósofos, pero que están dispuestos a discutir, afirman que son felices los que viven como quieren. Es una falsedad, porque el querer lo que no conviene es la misma miseria. No es tan triste el carecer de lo que quieres como el querer conseguir lo que no conviene". ¿No te parece que esas palabras han sido dichas por la misma Verdad por medio de un hombre

²⁷ 1Co 2,11

²⁸ 1Co 4,5

²⁹ Sal 21,27

³⁰ Rm 8,26

cualquiera? Podemos afirmar aquí lo que el Apóstol dice de cierto poeta cretense al aceptarle una frase: *Este testimonio es verdadero*³¹.

11. Aquel es bienaventurado que tiene cuanto quiere y no quiere nada malo. Si esto es así, busca qué hombres no quieren el mal. Uno quiere casarse; otro, libre del matrimonio, prefiere pasar en continencia su viudez; otro renuncia a toda unión carnal aun dentro del matrimonio. Se ve que en esto unos son mejores que otros, pero podemos decir que ninguno de ellos quiere algo que no le sea conveniente. Así también el desear tener hijos, que es el fruto de las bodas, o el desear que esos hijos gocen de vida y de salud, deseo que alberga la mayor parte de las veces incluso la viuda que vive en continencia. Porque, aunque desdeñen su anterior matrimonio y ya no deseen tener hijos, desean que se conserven incólumes los que antes tuvieron. De todas estas preocupaciones está libre la virginidad integral. Pero todos tienen allegados, a quienes aman y a quienes desean la salud temporal, sin que ello les sea inconveniente. ¿Podemos decir que son ya bienaventurados los hombres cuando han logrado salud en su persona y en la de aquellos a quienes aman? He aquí, en efecto, algo que pueden desear decentemente. Sin embargo, están aún muy distantes de la vida bienaventurada si no poseen otros bienes mayores ni mejores, más henchidos de utilidad y de nobleza.

6 12. ¿Te place que, además de la salud temporal mencionada, deseen para sí y para los suyos honores y dignidades? En efecto, es decente el desearlos si con ello se atiende al bien de los subordinados, si no se buscan por sí mismos, sino por el bien que de ellos proviene. No sería decente el desearlos por vana pompa de ostentación, por exhibicionismo superfluo o por una nociva vanidad. Pueden desear para sí y para los suyos esa suficiencia de medios de vida de que habla el Apóstol de este modo: *Es una gran ganancia la piedad con lo suficiente. Porque nada trajimos a este mundo y nada nos podremos llevar de él. Si tenemos la comida y el vestido, contentémonos con ellos. Pues los que pretenden enriquecerse caen en la tentación, en lazo y en hartas apetencias necias y nocivas, que sumergen a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque raíz de todos los males es la avaricia. Algunos, al practicarla, se desviaron de la fe y se enredaron en hartas aflicciones*³². Quien desea esta suficiencia, y nada más desea, nada inconveniente desea. Porque, en otro caso, no la desea a ella, y, por lo tanto, no desea algo conveniente. Esa deseaba, y por ella oraba el que decía: *No me des riquezas ni pobreza; otórgame lo que me es necesario y suficiente, no sea que, saciado, me vuelva mentiroso y diga: "¿Quién me ve?" O, si la pobreza me estrecha, me convierta en ladrón y perjure contra el nombre de*

³¹ Tt 1,12-13

³² 1Tm 6,6-10

*Dios*³³. Ya advertirás que esta suficiencia se desea no por ella, sino por la salud corporal y por el oportuno decoro de la persona humana, decoro que es conveniente para aquellos con quienes se ha de tratar honesta y civilmente.

13. En todas estas cosas se apetecen por sí mismas la integridad del hombre y la amistad, mientras que la suficiencia de los medios necesarios de vida no se apetece por sí misma cuando se desea como conviene, sino por esos otros dos bienes mencionados. La integridad se refiere a la vida misma: a la salud, a la plenitud del alma y del cuerpo. La amistad, por su parte, no se reduce a esos estrechos límites, pues alcanza a todos los que tienen derecho al amor y a la caridad, aunque se incline hacia unos con mayor facilidad que hacia otros. Llega hasta los enemigos, pues se nos encarga el orar por ellos. Es decir, nadie hay en el género humano a quien no se le deba la caridad, si no por mutua correspondencia en el amor, por la común participación en la naturaleza. Verdad es que nos deleitan mucho y justamente aquellos que a su vez nos aman santa y limpiamente. Hay que orar por esos bienes: cuando se poseen, para que no se pierdan, y cuando no se poseen, para alcanzarlos.

7 14. ¿Es esto todo? ¿Se reduce a esto todo lo que constituye la suma de vida bienaventurada? ¿Acaso la verdad nos sugiere alguna otra cosa que haya de anteponerse a esos bienes? En efecto, la suficiencia y la integridad mencionadas, tanto la propia como la de los amigos, mientras se trate de lo temporal, hemos de desdeñarlas cuando se trata de alcanzar la vida eterna. Bien es verdad que, aunque esté sano el cuerpo, no está ya sano el espíritu si no antepone lo eterno a lo temporal, puesto que no se vive útilmente en el tiempo si no se negocia en méritos para la eterna. Luego no cabe duda de que todas las cosas que pueden desearse útil y convenientemente han de ser referidas a aquella vida en la que se vive con Dios y de Dios. Nos amamos a nosotros mismos justamente cuando amamos a Dios. Y, en conformidad con otro precepto, amamos con verdad a nuestro prójimo como a nosotros mismos cabalmente cuando, según nuestras posibilidades, le conducimos a un semejante amor de Dios. Es que a Dios le amamos por sí mismo, y a nosotros mismos y al prójimo nos amamos por El. Pero, aunque vivamos de ese modo, no pensemos que ya hemos alcanzado la vida bienaventurada y que ya nada nos queda por pedir. ¿Cómo puede ser bienaventurada nuestra vida faltándonos el bien único por el que vivimos bien?

8 15. ¿Por qué desviar la atención a muchas cosas, preguntando qué hemos de pedir y temiendo *no pedir como conviene*? Más bien hemos de repetir con el Salmo: *Una cosa pedí al Señor, ésta buscaré: que me permita habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para poder contemplar*

³³ Pr 30,8-9; LXX 24,31-32

*el gozo de Dios y visitar su santo templo*³⁴. En aquella morada no se suman los días que llegan y pasan para componer una totalidad, ni el principio de uno es el fin de otro. Todos se dan simultáneamente y sin fin, pues no tiene fin aquella vida a la que pertenecen los días. Para alcanzar esa vida bienaventurada nos enseñó a orar la misma y auténtica Vida bienaventurada; pero no con largo hablar, como si se nos escuchase mejor cuanto más habladores fuéremos, ya que, como el mismo Señor dijo, oramos a aquel que conoce nuestras necesidades antes de que se las expongamos³⁵. Aunque el Señor nos haya prohibido el mucho hablar, puede causar extrañeza el que nos haya exhortado a orar, siendo así que conoce nuestras necesidades antes de que las expongamos. Dijo en efecto: *Es preciso orar siempre y no desfallecer*, aduciendo el ejemplo de cierta viuda: a fuerza de interpelaciones se hizo escuchar por un juez inicuo, que, aunque no se dejaba mover por la justicia o la misericordia, se sintió abrumado por el cansancio³⁶. De ahí tomó Jesús pie para advertirnos que el Señor, justo y misericordioso, mientras oramos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza, pues un juez inicuo e impío no pudo resistir la continua súplica de la viuda. También nos pone ante la vista cuan afable y de buen grado llenará los deseos buenos de aquellos que saben perdonar los pecados ajenos, cuando aquella que trató de vengarse llegó al lugar que apetecía. Y aquel a quien le había llegado un amigo de viaje y no tenía nada que poner a la mesa, deseaba que otro amigo le prestase tres panes, en los cuales tres se simboliza quizá la Trinidad en una sola sustancia. El huésped encontró a su amigo ya acostado, con todos los siervos, pero le despertó, llamando con la mayor insistencia y molestia para que le diese los panes deseados. Y tuvo el amigo que dárselos más bien por librarse de la molestia que pensando en la benevolencia³⁷. Ese ejemplo nos puso Cristo para que entendamos que, si el que está dormido y es despertado contra su voluntad por un pedigüeño se ve obligado a dar, con mayor benignidad nos satisfará el que no puede dormir y hasta nos despierta a nosotros cuando dormimos para que pidamos.

16. Por eso se dice: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y a quien llama le abrirán. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra, o, si le pide un pez, le dará una culebra, o, si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto mejor vuestro Padre celestial dará bienes a los que se los piden?*³⁸ Tres virtudes recomienda el Apóstol. La primera es la fe, que

³⁴ Sal 26,4

³⁵ Mt 6,7-8

³⁶ Lc 18,1-8

³⁷ Lc 11,5-13

³⁸ Lc 11,9-13

está simbolizada en el pez³⁹, ya por razón del agua del bautismo, ya porque la fe se mantiene íntegra entre las olas de este siglo; al cual pez se opone la serpiente, que con un fraude venenoso persuadió a que se negase a Dios la fe. La segunda es la esperanza, que está simbolizada en el huevo, porque la vida del pollo todavía no es, sino que será; no se ve todavía, sino que se espera, puesto que *la esperanza que se ve ya no es esperanza*⁴⁰; al huevo se opone el escorpión, porque quien espera la eterna vida se olvida de lo que atrás queda y tiende a lo que tiene por delante⁴¹, y para él es ruinoso el mirar atrás; en cambio, al escorpión hay que evitarle por esa parte de la cola, que es venenosa en forma de aguijón. La tercera virtud es la caridad, simbolizada en el pan. *La mayor de las tres es la caridad*⁴², como el pan supera por su utilidad a todos los demás alimentos; el pan se opone a la piedra, porque los corazones endurecidos rechazan la caridad. Aunque estos símbolos tengan otra interpretación más conveniente, no cabe duda de que quien sabe dar buenos dones a sus hijos nos obliga a pedir, buscar y llamar.

17. Lo hace, aunque sabe lo que necesitamos antes de pedírselo⁴³ y puede mover nuestro ánimo. Esto puede causar extrañeza, si no entendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar⁴⁴. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo. Por eso se nos dice: *Dilataos para no llevar el yugo con los infieles*⁴⁵. Mayor capacidad tendremos para recibir ese don tan grande, que *ni el ojo lo vio*, porque no es color; *ni el oído lo oyó*, porque tampoco es sonido; *ni subió al corazón del hombre*⁴⁶, porque es el corazón el que debe subir hasta él; tanto mayor capacidad tendremos, cuanto más fielmente lo creamos, más firmemente lo esperemos y más ardientemente lo deseemos.

9 18. En la fe, esperanza y caridad oramos siempre con un continuo deseo. Pero a ciertos intervalos de horas y tiempos oramos también vocalmente al Señor, para amonestarnos a nosotros mismos con los símbolos de aquellas realidades, para adquirir conciencia de los progresos que realizamos en nuestro deseo, y de este modo nos animemos con mayor entusiasmo a acrecentarlo. Porque ha de seguirse más abundoso efecto cuanto precediere más fervoroso afecto. Por eso dijo el Apóstol: *Orad sin interrupción*⁴⁷. ¿Qué

³⁹ 1Co 13,13

⁴⁰ Rm 8,24

⁴¹ Flp 3,13

⁴² 1Co 13,13

⁴³ Mt 6,8

⁴⁴ 1Co 2,9

⁴⁵ 2Co 6,13-14

⁴⁶ 1Co 2,9

⁴⁷ 1Ts 5,17

significa eso sino «desead sin interrupción» la vida bienaventurada, que es la eterna, y que os ha de venir del favor del único que os la puede dar? Deseémosla, pues, siempre de parte de nuestro Señor y oremos siempre. Pero a ciertas horas substraemos la atención a las preocupaciones y negocios, que nos entibian en cierto modo el deseo, y nos entregamos al negocio de orar; y nos excitamos con las mismas palabras de la oración a atender mejor al bien que deseamos, no sea que lo que comenzó a entibiarse se enfríe del todo y se extinga por no renovar el fervor con frecuencia. Por lo cual dijo el mismo Apóstol: *Vuestras peticiones sean patentes a Dios*⁴⁸. Eso no hay que entenderlo como si tales peticiones tuvieran que mostrarse a Dios, pues ya las conocía antes de que se formularan; han de mostrarse a nosotros en presencia de Dios por la perseverancia y no ante los hombres por la jactancia. También podría interpretarse que se muestren a los ángeles, que están en presencia de Dios, para que en cierto modo las presenten a Dios y le consulten sobre ellas. Así, conociendo ellos lo que se ha de cumplir por orden divina, nos lo sugieran distinta o veladamente a nosotros, según lo entiendan en la divina orden. Porque fue un ángel el que le dijo a un hombre: *Y ahora, cuando orabais tú y Sara, yo ofrecí vuestra oración en la presencia de la claridad de Dios*⁴⁹.

10 19. Siendo esto así, no será inútil o vituperable el dedicarse largamente a la oración cuando hay tiempo, es decir, cuando otras obligaciones y actividades buenas y necesarias no nos lo impidan, aunque también en ellas, como he dicho, hemos de orar siempre con el deseo. Porque no es lo mismo orar con locuacidad que orar durante largo espacio⁵⁰, como algunos piensan. Una cosa es un largo discurso y otra es un afecto sostenido. En efecto, del mismo Señor está escrito que pernoctaba en oración y que oró prolijamente⁵¹. ¿No era darnos el ejemplo, orando con oportunidad en el tiempo, aunque con el Padre oye en la eternidad?

20. Se dice que los hermanos de Egipto se ejercitan en oraciones frecuentes, pero muy breves y como lanzadas en un abrir y cerrar de ojos, para que la atención se mantenga vigilante y alerta y no se fatigue ni embote con la prolijidad, pues es tan necesaria para orar. De ese modo nos enseñan que la atención no se ha de forzar cuando no puede sostenerse; pero tampoco se ha de retirar si puede continuar. Alejemos de la oración los largos discursos, pero mantengamos una duradera súplica si persevera ferviente la atención. El mucho hablar es tratar en la oración un asunto necesario con palabras superfluas. En cambio, la súplica sostenida es llamar con una sostenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de aquel a quien

⁴⁸ Flp 4,6

⁴⁹ Tb 112,12 sec. LXX

⁵⁰ Mt 6,7

⁵¹ Lc 6,12

oramos. Habitualmente este asunto se realiza más con gemidos que con palabras, más con llanto que con discursos. Dios pone nuestras lágrimas ante sí⁵² y nuestros gemidos no se le ocultan a él⁵³ que todo lo creó por su Verbo y no necesita del verbo humano.

11 21. Por lo tanto, para nosotros son necesarias las palabras: ellas nos amonestan y nos permiten ver lo que pedimos, sin que se nos ocurra pensar que con ellas vamos a enseñar o a forzar al Señor. Cuando decimos *santificado sea tu nombre*⁵⁴, nos incitamos a nosotros mismos a desear que el nombre del Señor, que siempre es santo, sea tenido como santo por los hombres, es decir, no sea despreciado. Cuando decimos *venga a nosotros tu reino*⁵⁵, que ciertamente ha de venir, queramos o no queramos, enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar en él. Cuando decimos *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*⁵⁶, le pedimos para nosotros la misma obediencia, para que cumplamos su voluntad, como en el cielo la cumplen sus ángeles. Cuando decimos *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*⁵⁷, en el término *hoy* entendemos el tiempo presente, para el que pedimos aquella suficiencia arriba mencionada, bajo el nombre de pan, es decir, de la parte principal; o quizá puede entenderse el sacramento de los fieles, que nos es necesario en el tiempo presente, aunque no para la felicidad del tiempo presente, sino para la eterna. Cuando decimos *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, nos obligamos a recapacitar sobre lo que pedimos y sobre lo que hacemos, para que merezcamos recibirlo. Cuando decimos *no nos dejes caer en la tentación*, nos exhortamos a pedirlo, no sea que, careciendo de la ayuda divina, sobrevenga la tentación y consintamos seducidos o cedamos afligidos. Cuando decimos *mas líbranos de mal*⁵⁸, nos invitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abarca tanto, que el cristiano sometido a cualquiera tribulación gime con esa fórmula, con ella llora, por ella comienza, en ella se para y por ella termina la oración. Era menester valerse de palabras para imprimir en nuestra memoria las realidades mismas.

12 22. Todas las demás palabras que digamos, ya las que formula el fervor precedente hasta adquirir conciencia clara, ya las que considera luego para crecer, no dicen otra cosa sino lo que se contiene en la oración dominical, si es que rezamos bien y apropiadamente. Y quien dice algo que no quepa

⁵² Sal 55,9

⁵³ Sal 37,10

⁵⁴ Mt 6,9

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Mt 6,9-11; Lc 11,2-3

⁵⁸ Mt 4,12-13; Lc 11,4

dentro de esta oración evangélica, ora carnalmente, aunque no ore ilícitamente. Y aun no sé cómo puede ser lícito, cuando los renacidos en espíritu⁵⁹ no han de orar sino espiritualmente. Alguien dice por ejemplo: *Muestra tu caridad entre todas las naciones, como la has manifestado entre nosotros*; o también: *Que tus profetas sean hallados fieles*⁶⁰, ¿Y qué otra cosa dice sino *santificado sea el tu nombre*? Otro dice: *Dios de las virtudes, vuélvete a nosotros, muéstranos tu faz y seremos salvos*⁶¹. ¿Y qué otra cosa dice sino *venga a nosotros tu reino*? Otro dice: *Dirige mis caminos según tu palabra y no me domine iniquidad alguna*⁶². ¿Y qué otra cosa dice sino *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*? Otro dice: *No me des riquezas ni pobreza*⁶³. ¿Y qué otra cosa dice sino el *pan nuestro de cada día dánosle hoy*? Otro dice: *Acuérdate, Señor, de David, de su mansedumbre*⁶⁴; o bien: *Señor, si he ejecutado ese mal, si hay iniquidad en mis caminos, si a los que me hicieron mal se lo he devuelto*⁶⁵. ¿Qué otra cosa dice sino *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*? Otro dice: *Quítame la concupiscencia del vientre y no sea yo esclavo de deseos impuros*⁶⁶. ¿Y qué otra cosa dice sino *no nos dejes caer en la tentación*? Otro dice: *Líbrame, Señor, de mis enemigos y defiéndeme de los que se levantan contra mí*⁶⁷. ¿Y qué otra cosa dice sino *líbranos de mal*? Si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, nada hallarás, según creo, que no esté contenido y encerrado en la oración dominical. Por eso hay libertad para repetir en la oración las mismas cosas con diversas palabras; pero, en cambio, no hay libertad para decir distintas cosas.

23. Esto es lo que sin sombra de duda hemos de pedir para nosotros, para los nuestros, para los extraños y para los mismos enemigos, aunque uno pide por éste, otro pide por aquél, según sean sus relaciones o la lejanía de su familiaridad, mientras en el corazón del que ora haya y arda el afecto. En cambio, supongamos que en la oración alguien repite, por ejemplo: "Señor, multiplica mis riquezas" ; o bien: "Dame tanto cuanto le diste a aquel o aquel otro"; o bien: "Eleva mi dignidad; hazme poderoso y célebre en este mundo", o cosa parecida; supongamos que dice eso por la concupiscencia que siente hacia esos bienes y no por el provecho que pueden traer a los hombres según la voluntad de Dios; seguramente no hallará en la oración dominical una sentencia a la que ajustar su petición. Vergüenza debiera darle pedir eso,

⁵⁹ Jn 3,5

⁶⁰ Si 36,4,18

⁶¹ Sal 79,4

⁶² Sal 118,133

⁶³ Pr 30,8

⁶⁴ Sal 131,1

⁶⁵ Sal 7,4-5

⁶⁶ Si 23,6

⁶⁷ Sal 58,2

si no le da vergüenza el apetecerlo; y si es que le da vergüenza, pero le domina la apetencia, mucho mejor será que pida al Señor que le libre de su concupiscencia, diciéndole: *Mas líbranos de mal.*

13 24. Aquí tienes, a mi juicio, no sólo las condiciones del que ora, sino también lo que ha de pedir. No te lo enseño yo, sino que te lo enseña quien a todos se ha dignado enseñarnos. Hemos de buscar la vida bienaventurada, hemos de pedírsela al Señor. Muchos han discutido interminablemente sobre esa bienaventuranza. Mas ¿qué necesidad tenemos de acudir a tantos autores y a tantas discusiones? La Escritura de Dios nos dice breve y verazmente: *Bienaventurado es el pueblo cuyo Dios es el Señor*⁶⁸. Para permanecer dentro de ese pueblo y para contemplar a Dios y para que podamos vivir con El sin fin, *el fin del precepto es la caridad del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida*⁶⁹. Al numerar las tres propiedades, se coloca la esperanza en lugar de la conciencia buena. Por lo tanto, *la fe, la esperanza y la caridad*⁷⁰ conducen a Dios al que ora, es decir, al que cree, espera y desea, y advierte en la oración dominical lo que ha de pedir al Señor. Mucho ayudan también a la oración los ayunos, la mortificación de la concupiscencia carnal, sin dañar a la salud, y principalmente las limosnas para que podamos decir: *En el día de mi tribulación busqué al Señor con mis manos, por la noche, en su presencia, y no fui defraudado*⁷¹. ¿Cómo se ha de buscar con las manos al Señor, que es impalpable e incorporeal, si no se le busca con las obras?

14 25. Quizá me preguntes aún por qué dijo el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene*⁷². No hemos de pensar que él o los cristianos a quienes esto decía ignoraban la oración dominical. Por otra parte, no pudo hablar temeraria y falsamente. ¿Por qué dijo esto, sino porque de ordinario aprovechan las molestias y tribulaciones temporales para curarnos el tumor de la soberbia, o para probarnos y ejercitarnos la paciencia, a la que se asigna mayor y más noble premio cuando está probada y ejercitada, o, en fin, para borrar y castigar cualesquiera pecados? Sin embargo, como nosotros no vemos el provecho, deseamos vernos libres de toda tribulación. El Apóstol da a entender que ni él mismo se libró de esa ignorancia, aunque quizá sabía pedir como conviene, cuando en la alteza de sus revelaciones, y para que no se enorgulleciese, se le dio el aguijón de la carne, el ángel de Satanás, con el fin de que le abofetease⁷³. Entonces pidió tres veces al Señor que le librase de él, seguramente sin saber lo que pedía como conviene. Al fin oyó la

⁶⁸ Sal 143,15

⁶⁹ 1Tm 1,5

⁷⁰ 1Co 13,13

⁷¹ Sal 76,3

⁷² Rm 8,26

⁷³ 1Co 12,7-8

respuesta de Dios, manifestando por qué no se realizaba lo que tan grande santo pedía y por qué no convenía que se realizase: *Te basta mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la enfermedad*⁷⁴.

26. En estas tribulaciones, que pueden ocasionarnos utilidad y ruina, *no sabemos lo que hemos de pedir como conviene*. Y, sin embargo, porque son molestas, porque van contra nuestro débil natural, todos coincidimos en pedir que se nos libre de ellas. Pero a nuestro Señor debemos la merced de pensar que no nos abandona cuando no nos las quita, sino que nos animamos a esperar mayores bienes soportando piadosamente los males. Y de este modo *la virtud se perfecciona en la enfermedad*. El Señor, airado contra algunos, que se lamentaban, les concedió lo que pedían, mientras se mostró piadoso al negárselo al Apóstol. En efecto, leemos lo que pidieron y lo que recibieron los israelitas. Mas, una vez satisfecha la concupiscencia, fue duramente castigada su impaciencia⁷⁵. Cuando le pidieron un rey según el corazón de ellos y no según el de Dios, se lo concedió también⁷⁶. Hasta al diablo le otorgó lo que pedía para que fuese tentado y probado su siervo Job⁷⁷. Escuchó también a los inmundos espíritus que le pedían permiso para entrar en la pira de cerdos⁷⁸. Esto se escribió para que nadie se enorgullezca si Dios le escucha cuando pide con impaciencia lo que no le convendría pedir, y juntamente para que nadie se apoque y desespere de la divina misericordia para con él, si Dios no le escucha cuando quizá pide algo cuya recepción sería riguroso tormento o ruina, por dejarse el beneficiario corromper por la prosperidad. En esos casos *no sabemos pedir como conviene*. Si algo acaece en contra de lo que hemos pedido, hemos de tolerarlo con paciencia, dando por todo gracias a Dios, sin dudar lo más mínimo de que lo más conveniente es lo que acaece por voluntad de Dios y no por la nuestra. Nuestro Salvador se nos puso de modelo cuando dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*, pues transformando la voluntad humana, que tenía por su encarnación, añadió en seguida: *pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*⁷⁹. De aquí que, con razón, *por la obediencia de uno se hacen justos muchos*⁸⁰.

27. Mas quien pida al Señor aquella única cosa mencionada y la busque⁸¹, pide con certidumbre y seguridad; no teme que haya obstáculo para recibir, pues sin ella de nada le servirá cualquiera otra cosa que pida como conviene. Ella es la única y sola vida bienaventurada: contemplar el deleite del Señor

⁷⁴ 2Co 12,9

⁷⁵ Nm 11,1-34

⁷⁶ 2S 8,5-7

⁷⁷ Jb 1,12; 2,6

⁷⁸ Mt 8,30-32; Lc 8,32

⁷⁹ Mt 26,39

⁸⁰ Rm 5,19

⁸¹ Sal 26,4

para siempre, dotados de la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu. Por sola ella se piden, y se piden convenientemente, las demás cosas. Quien ésta tuviere, tiene cuanto quiere; ni podrá allí querer algo que no convenga. Allí está la fuente de la vida⁸², cuya sed hemos de avivar en la oración mientras vivimos de esperanza. Ahora vivimos sin ver lo que esperamos, bajo las alas de aquel ante quien presentamos nuestro deseo, para embriagarnos de la abundancia de su casa y abrevarnos en el torrente de su dicha: porque en él está la fuente de la vida y en su resplandor hemos de ver la luz⁸³. Y entonces se satisfará en los bienes nuestro deseo, y nada tendremos que pedir gimiendo, pues todo lo tendremos gozando. Y, con todo, ya que ella es *la paz que sobrepuja a todo entendimiento*, no sabemos lo que pedimos, como conviene⁸⁴, cuando se la pedimos a Dios en la oración. No podemos imaginarlo como ello es en sí, y, por lo tanto, lo ignoramos. Y en verdad todo lo que nos viene a la imaginación lo rehuimos, rechazamos, reprobamos; sabemos que no es eso lo que buscamos, aunque no sabemos cómo es lo que buscamos.

15 28. Eso quiere decir que hay en nosotros una docta ignorancia, por decirlo así, pero docta por el espíritu de Dios, que ayuda nuestra debilidad. En efecto, dice el Apóstol: *Si lo que no vemos lo esperamos, por la paciencia lo aguardamos*; y a continuación añade: *De un modo semejante el espíritu socorre nuestra debilidad; porque no sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo espíritu interpela por nosotros con gemidos inenarrables. Y quien escruta los corazones conoce lo que sabe el Espíritu, pues interpela según Dios por los santos*⁸⁵. No hemos de entender esas palabras como si el Espíritu de Dios, que en la Trinidad de Dios es inmutable y un solo Dios con el Padre y con el Hijo, interpelase a Dios como alguien distinto de Dios. Se dice que *interpela por los santos* porque impulsa a los santos a interpelar. Del mismo modo se dice: *Os tienta el Señor vuestro Dios para ver si le amáis*⁸⁶, es decir, para que vosotros lo conozcáis. El Espíritu Santo impulsa a interpelar a los santos con gemidos inenarrables, inspirándoles el deseo de esa tan grande realidad, que todavía nos es desconocida y que esperamos con paciencia. Pero ¿cómo se narra lo que se ignora cuando se desea? Porque en verdad, si enteramente nos fuese ignorada, no la deseáramos. Y, por otra parte, si la viésemos, no la deseáramos ni la pediríamos con gemidos.

16 29. Considerando todo esto y cualquiera otra cosa que el Señor te sugiera y a mí no se me ocurra, o fuere muy larga de contar, esfuérzate para

⁸² Sal 35,10

⁸³ Sal 35, 8-10; 37,10

⁸⁴ Flp 4,7; Rm 8,26

⁸⁵ Rm 8,25-27

⁸⁶ Dt 13,3

vencer al siglo en la oración. Ora con esperanza, ora con fidelidad y amor, ora con perseverancia y paciencia, ora como viuda de Cristo. Aunque como Él enseñó, el orar corresponde a todos sus miembros, es decir, de todos los que creen en El y están unidos a su cuerpo, en la Escritura se halla asociada de un modo especial a las viudas la preocupación más diligente por orar. Con el mayor honor se citan dos Anas, una casada, que dio a luz al santo Samuel, y otra viuda, que conoció al Santo de los santos cuando era todavía un infante⁸⁷. La casada oró en el dolor de su alma y en aflicción de corazón, porque no tenía descendencia; entonces recibió a Samuel, y una vez recibido se lo devolvió a Dios, como se lo había prometido al pedirlo. Quizá resulte difícil comprobar cómo su petición entraba en la oración dominical, a no ser en la frase *líbranos de mal*; porque le parecía pequeño mal el estar casada y carecer del fruto de las bodas, ya que sola la razón de criar hijos pudiera excusarlas. Atiende ahora a lo que se dice de la otra Ana viuda: *No se retiraba del templo, sirviendo día y noche con ayunos y súplicas*⁸⁸. Con esto coinciden las palabras que antes cité del Apóstol: *La que es verdadera viuda y desolada, espera en el Señor y persevera en la oración de día y de noche*⁸⁹. También el Señor, al animarnos a orar siempre y a no desfallecer, citó a una viuda, que con sus incesantes interpelaciones obligó a atender su caso a un juez⁹⁰, aunque era inicuo, impío y menospreciador de Dios y de los hombres. Más que nadie deben las viudas entregarse a la oración. Eso se colige ya al ver que, para animarnos a todos al afán de orar, se nos presenta el ejemplo de las viudas como una exhortación.

30. Y ¿qué es lo que ha mirado en las viudas al tratarse de la empresa de orar, sino su desamparo y desolación? Por lo tanto, el alma que en este mundo se siente desamparada y desolada, mientras peregrina lejos del Señor⁹¹, manifiesta con su perseverancia y fervorosa súplica una cierta viudez a Dios, su defensor. Ora tú como viuda de Cristo que todavía no gozas de la presencia de aquel cuyo auxilio suplicas. Y, aunque seas riquísima, ora como pobre. Porque todavía no posees las auténticas riquezas del siglo futuro, en donde ya no tendrás que temer daño ninguno. Aunque tengas hijos y nietos y una numerosa familia, como ya dijimos, ora como desamparada. Es incierto todo lo temporal, aunque para nuestra consolación se conserve hasta el fin de la vida presente. Si es que buscas y saboreas las cosas de arriba⁹², deseas las eternas y seguras, y pues todavía no las tienes, debes considerarte desolada, aunque conserves todos tus bienes y te obsequien todos. Y no sólo tú, sino tu religiosísima nuera con tu ejemplo y las demás

⁸⁷ 1R 1,2-28; Lc 2, 36-38

⁸⁸ Lc 2,37

⁸⁹ 1Tm 5,5

⁹⁰ Lc 18, 1-5

⁹¹ 2Co 5,6

⁹² Col 3,1-2

santas viudas y vírgenes que se hallan bajo vuestra protección. Cuanto mejor llevéis vuestra casa, tanto más debéis insistir en la oración, sin dejaros absorber por los negocios de las cosas presentes, a no ser los que reclama una causa piadosa.

31. No te olvides, en fin, de orar por mí con diligencia. No quiero un tal honor como el que me prestáis y llevo con peligro, si me habéis de sustraer la ayuda que yo tengo por necesaria. La familia de Cristo oró por Pedro y oró por Pablo⁹³. Celebro que vosotros os contéis en esa familia. Pero ya veis que necesito incomparablemente más que Pedro y Pablo de las oraciones fraternas. Rivalizad en éstas con una santa y concorde emulación, puesto que no rivalizáis unos contra otros, sino todos contra el diablo, enemigo natural de todos los santos. La oración recibe un poderoso refuerzo con el ayuno, las vigiliass y toda mortificación corporal. Cada una de vosotras haga lo que pudiese. Lo que una no puede hacer lo hace por medio de la otra, si ama en ésta lo que hace y ella no puede hacer. Por lo tanto, la que menos puede no impida a la que puede más, ni ésta exija a la que puede menos. Porque todas debéis vuestra conciencia a Dios. En cambio, *a ninguna* de vosotras os *debéis nada, sino la mutua caridad*⁹⁴. Escúchete el Señor, *quien puede hacer más que lo que nosotros pedimos o entendemos*⁹⁵.

⁹³ Hch 12,5; 13,3

⁹⁴ Rm 13,8

⁹⁵ Ef 3,20



SOCIEDAD DE SAN JOHN HENRY NEWMAN